

Durante varias décadas, la política exterior de Estados Unidos, y de buena parte del mundo, se rigió por la escuela "realista". Hoy, a la luz de los cambios ocurridos en los países del Este, ha quedado demostrado que, en el largo plazo, imperará la concepción "idealista" del mundo. El presente Artículo¹ muestra cómo la geopolítica le ha cedido el paso a la ideología.

UNA REVOLUCIÓN ESTA SACUDIENDO AL MUNDO: la revolución de la democracia. El éxito de esta revolución democrática ha sacudido a Europa hasta sus cimientos y ha echado por tierra las normas estratégicas que durante más de cuarenta años sirvieron para determinar la política exterior de Estados Unidos. En este nuevo entorno, los especialistas en política exterior luchan entre la creación de nuevas políticas que fomenten los cambios democráticos y el mantenimiento de aquellas que proveen estabilidad estratégica.

Sin embargo, la falta de previsión de estos cambios ha introducido una nota de cautela —ciertamente explicable— en lo que será la respuesta norteamericana. El desarrollo de los acontecimientos no fue el esperado, pero esta imprevisión se hubiese evitado de haber existido un marco político correcto. Durante toda la era de la posguerra, la política exterior de Estados Unidos ha estado regida por una concepción "realista", según la cual la política internacional es una lucha por el poder en donde necesariamente se deben enfrentar los intereses de las grandes potencias. Tal visión resultaba "natural" en tiempos en que Andrei Gromyko —ministro de Relaciones Exteriores de la URSS— declaraba que "la concepción del mundo y las metas de clase de los dos sistemas sociales son contrarias e irreconciliables".

Es precisamente este enfoque "realista" de la política exterior el que está siendo impugnado por el presidente Mijail Gorbachov y sus aliados en la jefatura soviética, al repudiar explícitamente la posición de Gromyko. En julio de 1988, el ministro de Relaciones Exteriores soviético Eduard Shevardnadze proclamó que "la coexistencia no debe ser identificada con la lucha de clases". Por el contrario, la coexistencia "deberá tener un común denominador en aquellos intereses que sean universales". El replanteamiento de la política exterior de la Unión Soviética ha estado acompañado por transformaciones aún más profundas en su estructura política interna.

De hecho, Gorbachov ha descrito la *perestroika* (reestructuración), no como una reforma económica sino como "una revolución legal", enca-

minada a reducir el poder que estaba concentrado en pocas manos y a gobernar la sociedad entera de conformidad con el imperio de la ley.

Hasta noviembre de 1989, el debate en Occidente giró en torno a la sinceridad de tales intenciones. Sin embargo, con la caída del Muro de Berlín, la atención se centra en las posibilidades de supervivencia de Gorbachov y en la actitud que adopten Estados Unidos y sus aliados. Este debate, a su vez, gira en torno a un concepto de mayor importancia: ¿por qué se enfrentan las naciones? ¿Deberán permanecer enemistados por siempre Estados Unidos y la Unión Soviética por un destino geopolítico? O, por el contrario, ¿significará la transformación de la URSS en una democracia parlamentaria el fin del peligro de un conflicto entre las superpotencias? Las respuestas deben buscarse entre las dos corrientes filosóficas que han regido la política exterior de Estados Unidos: el realismo y el idealismo.

Al terminar la Primera Guerra Mundial, el presidente Woodrow Wilson viajó a Europa con el fin de crear una estructura para asegurar que la guerra, llamada la "guerra para acabar con las guerras", de verdad lo fuera. La táctica de Wilson se apoyaba en dos puntos: el primero fue la desmembración de los imperios centroeuropeos y el establecimiento de nuevos Estados basados en la autodeterminación de los pueblos. Y el segundo fue la creación de la Liga de las Naciones, propuesta por Wilson para manejar los peligros que pudiesen amenazar la seguridad internacional.

Las ideas de Wilson fueron rebatidas de inmediato por el gran geopolítico inglés, Sir Halford Mackinder. En *Democratic Ideals and Reality* (Ideales Democráticos y Realidad), publicado en 1919, Mackinder arguía que el idealismo democrático de Wilson podía ser muy filantrópico pero tenía poco que ver con las realidades del mundo. En tono condescendiente, escribió que "los idealistas son la sal de la Tierra", pero al mismo tiempo advirtió que "la democracia no es compatible con la organización requerida para luchar contra las autocracias". Mackinder afirmó que los "políticos moralistas", como Wilson, "no aceptaban las realidades de la geografía y de la economía", y definió estas realidades en su famosa fórmula: "Quien gobierna Europa oriental, domina el *Heartland*²; quien gobierna el *Heartland* domina la Isla del Mundo³; y quien gobierna la Isla del Mundo domina el Mundo".

Dada la importancia de Europa oriental, la fórmula para prevenir otra guerra mundial dependería de la creación de "una serie de Estados independientes entre Alemania y Rusia". No importaba la estructura política de estos Estados: lo importante era que hubiera un equilibrio de poderes.

Mackinder también impugnó las ideas de otro norteamericano, Alfred Thayer Mahan. Fue Mahan quien, a fines del siglo XIX, atribuyó la supremacía inglesa a su fortaleza marítima. En 1890 escribió: "El uso apropiado y el control del mar son tan sólo un eslabón de la cadena de transacciones que sirven para acumular la riqueza; pero son el eslabón principal".

1/ *Foreign Policy*, No. 79, Verano 1990.

2/ Corazón del mundo, situado aproximadamente en Ucrania (N. del T.).

3/ Europa, Asia y África (N. del T.).

Mackinder aceptó la importancia del mar, pero afirmó que para mantener un poderío naval se necesitan bases terrestres. Esta divergencia entre los geopolíticos del mar y de la tierra oscurece los acuerdos respecto a lo básico. En primer lugar, Mahan, como Mackinder, no era partidario del espíritu no-militar de las democracias. Y en segundo lugar, ninguno de los dos aprobaba el libre mercado y las clases comerciantes. Aunque Mahan alabó el uso del comercio marítimo como fuente de riqueza en Inglaterra, lo que en verdad lo apasionó fue el control del mar.

Mackinder también creía que la riqueza económica no podía depender del mercado libre. Para Mackinder, las teorías clásicas sobre la división del trabajo y las ventajas comparativas no sólo eran económicamente inválidas, sino peligrosas desde el punto de vista político. Haciendo eco —tal vez sin quererlo— del análisis leninista, Mackinder vio en la lucha competitiva por los mercados una de las principales fuentes de las guerras.

Resumiendo el punto de vista geopolítico como lo definieron Mackinder y Mahan, el país —o la alianza— más fuerte es aquel que tenga mayor control sobre la mayor cantidad de recursos. Los beneficios del comercio más allá de la zona propia son ilusorios, pues en últimas conducen a la vulnerabilidad. El geopolítico está en contra de los sistemas democráticos de gobierno y de las clases negociantes, pues ambos carecen de cualidades militares. En cambio, el geopolítico prefiere que las decisiones sean tomadas por personas privilegiadas con el don de la visión estratégica y que no sean afectadas por intereses particulares.

Realismo de la posguerra

Las críticas "realistas" proferidas por Mackinder contra el idealismo de Wilson encontraron eco en la política exterior de Estados Unidos a fines de la década de los cuarenta. Con el espectro del fracaso de las democracias que no pudieron evitar la Segunda Guerra Mundial, los políticos norteamericanos decidieron cargar con el liderazgo mundial que habían dejado de lado durante el período de entreguerras. George Kennan, en su famoso artículo "X" de 1947, decía que "la presión soviética contra las instituciones libres de Occidente se puede contener mediante el uso de una adecuada y permanente contrapresión en una serie de puntos geográficos y políticos variables de acuerdo con los cambios y maniobras de la política soviética". Sin embargo, esta definición de la "contrapresión" era una reacción y Estados Unidos no sólo tenía que responder a los "cambios y maniobras de las políticas soviéticas", sino que tenía que anticiparlas. ¿Con qué mecanismos podrían entender los designios del Kremlin?

De acuerdo con los realistas políticos, la respuesta era muy sencilla. "La principal guía para orientarse en el terreno de la política internacional es el concepto de interés propio definido en términos de poder", afirmó Hans Morgenthau, tal vez el principal defensor de la escuela realista. En su libro *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace* (Las Políticas Internacionales: La Lucha por el Poder y la Paz) (1948) aportó la base intelectual a los compromisos de Estados Unidos en el campo de la política del

poder. Morgenthau sostenía que “la política, como la sociedad en general, está regida por leyes que tienen sus raíces en la naturaleza humana”. Y puesto que estas leyes son objetivas, son necesariamente universales, de donde resulta inútil y engañoso examinar la política exterior considerando exclusivamente las motivaciones de los funcionarios gubernamentales. En cambio, se asumía que “los funcionarios piensan y actúan de acuerdo con los intereses definidos en términos de poder”.

Bajo tal suposición, “nos colocamos en el lugar del estadista que debe afrontar un problema dado de política exterior —bajo ciertas circunstancias—, y nos preguntamos cuáles serían las alternativas racionales entre las que puede escoger... y cuál de estas alternativas racionales, bajo las circunstancias existentes, será la que escoge este estadista”.

Morgenthau le otorgó poca importancia a los llamados ideales como un método para ganar influencia en el mundo. Sólo hasta el prefacio de la segunda edición de su libro, publicada en 1954, y como resultado de la descolonización, reconoció que “la lucha por las mentes de las personas es una nueva dimensión de la política internacional que se debe añadir a la dimensiones tradicionales de la diplomacia y de la guerra”. Aunque Morgenthau reconoció el “atractivo... de su filosofía política, instituciones políticas y políticas” como un elemento del poder de un Estado, en su análisis último “el Estado no tiene el derecho de dejar que su desaprobación moral por el rompimiento de la libertad se interponga en el camino de la acción política efectiva”. En lugar de ver el enfrentamiento de ideologías como elemento básico de las políticas, el realista ve tal intrusión como algo desafortunado en su mundo bastante estable. “Esta lucha por conquistar las mentes de los hombres”, decía Morgenthau con tono de lamento,

ha propinado el último —y mortal— golpe a ese sistema social de intercambios internacionales dentro del cual durante casi tres siglos las naciones vivieron juntas en constante rivalidad, pero bajo el mismo techo de los valores compartidos y estándares universales de acción... Bajo las ruinas de ese techo yace enterrado el mecanismo que mantuvo las paredes de aquella casa de las naciones en pie; el equilibrio del poder.

Al reconocer que el funcionamiento eficiente de la política internacional depende de la existencia de “valores compartidos”, Morgenthau admitió que las “leyes” de la política del poder no son tan objetivas después de todo. Pero si Morgenthau se quejaba de la desaparición de un orden en el mundo, el ex secretario de estado Henry Kissinger insiste en que todavía existe y en que es irremplazable. “Para mantener la estabilidad” escribió en un artículo reciente del *Washington Post*, “un sistema internacional debe tener dos elementos: un equilibrio del poder y un principio generalizado de legitimidad”. Al igual que Morgenthau, Kissinger cree que el estudio de las máximas políticas no es acertado y conduce al error. En 1968 escribió en un ensayo:

Si enfocamos nuestros debates de política sobre las intenciones soviéticas, confundimos el debate en dos formas: las tendencias soviéticas son demasiado ambiguas para servir de guías —posiblemente ni los mismos líderes soviéticos comprenden la dinámica de su sistema; nos aleja de la formulación de los propósitos que debemos alcanzar, no importa cuáles sean las intenciones de los soviéticos... Al confundir la política exterior con la sicoterapia nos privamos de los criterios necesarios para juzgar los movimientos políticos del orden internacional.

Kissinger también comparte la convicción de Morgenthau de que las realidades de la política del poder obligan a subordinar la ideología de una nación a intereses de mayor importancia. “La preocupación por la seguridad nacional debe estar en armonía con los valores norteamericanos tradicionales”, explicaba en un artículo escrito en 1986; pero “este ideal no siempre prevalece, lo cual impone la necesidad de buscar un equilibrio”. Bajo este punto de vista de Kissinger se esconde su opinión, expresada en una charla en la Universidad de Nueva York en 1977, de que “Estados Unidos es ahora una nación tan vulnerable como cualquier otra nación”. No sólo está sujeta al peligro de un aniquilamiento nuclear, sino que la “prosperidad norteamericana es, hasta cierto punto, dependiente de decisiones sobre materias primas, precios e inversiones en tierras lejanas cuyos propósitos pueden no ser compatibles con los nuestros”. Por esto, aunque “nuestra moral y nuestro poder no deben ser antagónicos”, en el balance final, “toda política exterior sería debe comenzar con la necesidad de sobrevivir”.

El nuevo idealismo

A DIFERENCIA DE LA GEOPOLÍTICA Y EL REALISMO, el idealismo no ha tenido nunca una línea bien definida en su desarrollo. El filósofo alemán Emanuel Kant escribió que el imperio de la ley daría como resultado una “paz perpetua”, pero aportó muy pocas ideas acerca de qué deberían hacer los gobiernos mientras llegaba ese día. Por el contrario, en el siglo XIX, la escuela de Manchester, apoyándose en el interés económico propio, creyó que el libre comercio convertiría las guerras en algo irracional. Sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial demostró que los gobiernos no siempre actúan racionalmente. Por ello no es sorprendente que el historiador E.H. Carr en su libro de 1939 *The Twenty Years' Crisis, 1919-1939* (La crisis de veinte años), haya definido las opciones distintas al realismo como utópicas, caracterizadas como “el estado... primitivo de la ciencia política”.

Desde este punto de vista, es fácil ver por qué cayó en desgracia la alternativa idealista. Desafortunadamente, el idealismo todavía es visto como una filosofía ingenua que no logra entender las realidades de las políticas del poder. Debido al moralismo inelástico con el cual lo visten sus adversarios, el idealismo parece como algo que conduce al alejamiento del mundo imperfecto o a la intervención para enderezar todos sus entuertos. Ya es hora de una alternativa idealista nueva y rigurosa para enfrentar al realismo.

Por lo tanto, para entender mejor el idealismo debemos comenzar por el reconocimiento de que la ideología sí importa, y de que la política exterior de un Estado es la consecuencia de los valores encarnados en sus instituciones internas. Desde el punto de vista del idealismo, la estructura de un gobierno determina qué tan agresivo puede ser. Específicamente, las dictaduras son más agresivas que las democracias parlamentarias, puesto que los dictadores pueden emprender acciones bélicas por su propia cuenta sin tener que pedirle permiso a legislaturas de elección popular.

Al asumir esta postura, los idealistas reconocen que las democracias han actuado agresivamente en el pasado, pero añaden que son instituciones evolutivas. La democracia contiene un criterio estricto del mando de las mayorías y los derechos de las minorías. El gobierno mayoritario significa que todas las personas tienen derecho al voto, y que aquellos que resulten elegidos tendrán que responder ante los electores en intervalos frecuentes y regulares.

Desde el punto de vista del idealista, una democracia en la cual las mujeres, las minorías y otros grupos se excluyen, probablemente será más agresiva, puesto que quienes deciden entre la guerra y la paz no están sujetos a la opinión de todos los que resulten afectados. Para responder ante los electores, los representantes deben suministrarles la información necesaria para ejercer su actividad debidamente, y las gentes deben tener algún mecanismo para obtener dicha información en casos en que ésta sea retenida indebidamente.

En ocasiones los derechos de las minorías se consideran como algo contradictorio con un gobierno mayoritario, pero tal punto de vista es equivocado. Como lo demuestran los recientes conflictos étnicos, las mayorías cambian a través del tiempo, y un gobierno de mayoría sin la presencia de unas garantías que protejan los derechos minoritarios es un camino seguro a la catástrofe. Es más, las garantías de los derechos de las minorías, que podrán ejercer únicamente por un consentimiento de la mayoría, significan respeto del débil por parte del fuerte. Este sistema de valores —del respeto a la ley en vez de respeto al poder— es el mejor seguro del orden y de la estabilidad, tanto en los asuntos domésticos como en los internacionales.

Por lo tanto, el idealista es un demócrata sin timideces que ve en la democracia la mejor garantía por la existencia de la paz mundial. Aunque reconoce que hay muy poca experiencia histórica de las democracias de este tipo, el idealista señalaría la relación que existe entre Canadá y Estados Unidos como una relación instructiva. Aunque estos dos países se enfrentaron en guerra a comienzos del siglo XIX, hoy en día comparten la frontera sin defensas más larga del planeta. El idealista diría que este entendimiento es el resultado del mutuo crecimiento de sus instituciones democráticas y podría retar al realista a que explique por qué, si el equilibrio del poder es tan importante, los canadienses no tiemblan de susto ante una invasión estadounidense. El realista podría argumentar que, aunque existe un desequilibrio de poder entre Estados Unidos y Canadá, ambos comparten unos principios aceptados de legitimidad. Tal respuesta es incompleta, puesto que, acaso los principios aceptados de legitimidad no son los valores democráticos y el respeto a las leyes que ambos países comparten?

En resumen, si los valores democráticos traen la paz, uno debe afirmarlo tal cual, y no pretender que un principio de legitimidad es tan bueno como otro cualquiera con tal de que sea aceptado por todos. Si el equilibrio del poder no puede explicar las relaciones amistosas entre Estados Unidos y Canadá, tampoco puede explicar el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Ninguna configuración geopolítica hubiese podido disuadir a Adolfo Hitler, puesto que él veía la guerra como el medio glorioso para lograr su

objetivo, que era la ocupación y el dominio de las tierras del Este. “Nadie tendrá jamás la confianza de todo el pueblo alemán como la tengo yo”, observó Hitler en agosto de 1939. “Todas estas circunstancias favorables no prevalecerán en dos o tres años. Nadie sabe cuánto tiempo he de vivir”. Mientras la gente normal le teme a la guerra, Hitler temía morir antes de empezar la guerra.

Por esto, las causas de la Segunda Guerra Mundial deben buscarse, no en la geopolítica de Europa sino en las políticas internas de Alemania. La pregunta no es cómo se hubiera podido detener a Hitler, puesto que es imposible detener a un gobernante absoluto empeñado en la guerra. En cambio, la pregunta debe ser ¿cómo pudo llevar Hitler a un pueblo reticente a la guerra? Aunque muchos factores contribuyeron al estallido de la Segunda Guerra Mundial, uno de las menos señaladas es la imperfección de la Constitución de Weimar. En lugar del concepto norteamericano de los derechos inalienables del individuo, la asamblea de Weimar colocó los derechos del individuo al “servicio de la colectividad”, como escribió René Brunet en su libro de 1922 *The New German Constitution* (La nueva constitución alemana). “Las libertades individuales ya no son un fin en sí mismas, ni constituyen ya un bien independiente”, escribía. “Carecen de valor y no están protegidas a excepción de cuando sirven para realizar fines comunitarios.

Debido a este defecto fundamental de la constitución, Hitler pudo desbaratar la democracia de Weimar y crear en su lugar un instrumento de terror interno y de agresión extranjera. Una democracia que no cuenta con una garantía férrea de los derechos del individuo no podrá subsistir. Como lo expresó Abraham Lincoln, “la mayoría, restringida dentro de unos límites constitucionales... es el único verdadero soberano de un pueblo libre. Quien la rechaza, necesariamente caerá en la anarquía o en el despotismo”. Weimar, nacida de la derrota militar, tuvo la desgracia adicional de estar sujeta a una depresión económica mundial más allá de su control. Sus instituciones políticas y jurídicas fueron muy nuevas, muy frágiles y demasiado desamparadas para resistir los ataques de Hitler una vez que éste llegó al poder.

Por lo tanto, el estallido de la Segunda Guerra Mundial no se puede explicar en términos de realismo. De hecho, quien se ciñó muy de cerca a un análisis realista fue el Primer Ministro británico Neville Chamberlain. Un realista asume que dadas las leyes objetivas de la conducta humana, todo ser racional resolverá un problema de política exterior de una misma manera. Esto nos plantea dos problemas. En primer lugar, ¿cuál es el problema de política exterior que el estadista está tratando de resolver? Al definir el objetivo de Hitler como la autodeterminación del pueblo alemán, Chamberlain y sus colaboradores no cayeron en cuenta de la enormidad de la ambición de Hitler.

En segundo lugar, ¿cuál es la definición de racionalidad? El realista podría argumentar que Hitler era irracional y por consiguiente estaba por fuera del campo de un análisis realista, pero tal respuesta sería demasiado superflua. Decidido a empezar una guerra expansionista, Hitler comenzó la fabricación masiva de armamento militar, mientras usaba la diplomacia para esconder sus verdaderas intenciones. En vísperas de la guerra, llegó a un

acuerdo con la Unión Soviética, su más grande enemigo, aliviando enormemente el reto militar inmediato que lo confrontaría. Es decir, los propósitos de Hitler ciertamente eran irracionales, pero no se puede decir lo mismo de la manera como persiguió tales propósitos. Y si Hitler no cabe dentro del análisis realista por no ser racional, ¿qué tan útil puede ser el realismo como herramienta analítica?

Hitler demuestra la falacia de depender de leyes objetivas de conducta humana en el proceso de determinar una política exterior. Los métodos de Hitler son perfectamente razonables si uno entiende sus objetivos. Pero para entender esos objetivos se debe mirar, no las promesas que Hitler le hizo a Chamberlain en Munich sino lo que decía en otras partes y, especialmente, la destrucción de la democracia alemana. Para el realista, tal investigación carece de importancia; para el idealista es de importancia fundamental: el trato que Hitler daba a los judíos y a otros seres que despreciaba presagiaba su comportamiento en el campo internacional cuando tuviese suficiente fuerza. Si los pueblos de Europa y sus dirigentes hubiesen estado alerta mediante un análisis idealista, hubiesen entendido muy pronto los propósitos detrás del armamentismo de Hitler y, por lo tanto, el peligro que los enfrentaba.

El análisis idealista provee criterios para medir si la reconstrucción armamentista es el resultado de una percepción de inseguridad o si se trata de un impulso de supremacía militar tendiente a lograr objetivos políticos mediante la amenaza o el recurso a las armas. Esta diferencia es definitiva para determinar una respuesta adecuada. En el primer caso, las políticas deben orientarse a reducir las causas políticas de la inseguridad. Si es este el caso, el control de armamento tiene mayor efecto pues produce seguridad. Pero, en el segundo caso, las medidas políticas resultan prácticamente inútiles, pues no existe inseguridad que ha de ser aliviada. Por el contrario, en este caso la política debe orientarse al armamentismo propio, primero para defenderse uno mismo y luego para disuadir a quien se está armando, haciéndole ver que no logrará su objetivo. El control de armamentos en este caso puede desempeñar un rol pequeño al dirigir la competencia alejándola de la fabricación de las armas más desestabilizadoras, pero no podría lograr el objetivo último de fortalecer la confianza.

Ante la necesidad de escoger entre estas dos causas de una carrera armamentista, el realismo no puede hacer nada, pues ambas causas pueden ser racionales dependiendo de los objetivos de las políticas de los líderes de un país. Al no estar dispuestos a confiar en las declaraciones de políticas y al rechazar el vínculo entre políticas internas y externas, los realistas acaban por hacer sus evaluaciones con base en sus propios valores sesgados, sin lograr una medida objetiva. El idealista, en cambio, insiste en que las declaraciones de políticas, particularmente aquellas destinadas a los funcionarios domésticos, son muy dicentes. Más aún, el idealista cree que, incluso cuando tales declaraciones son demasiado ambiguas como para ser indicativas y para formular una respuesta, los valores contenidos dentro de las políticas internas e institucionales de una nación proveen una luz muy valiosa para entender sus fines en materia de política exterior.

Por lo tanto, es incorrecto afirmar que el idealismo rechaza el equilibrio del poder. Por el contrario, el idealismo reconoce que, ante una amenaza militar, no existe otra alternativa para mantener el equilibrio o incluso la superioridad del poder. Lo que el idealismo rechaza es la idea de que la paz internacional sea únicamente producto del equilibrio del poder. Para el idealista, un país puede tener amigos, además de intereses. El objetivo final del idealismo es agrandar el círculo de amistades mediante la propagación de los valores y de las instituciones democráticas. Mientras tanto, reconociendo los peligros que existen en el mundo, el idealismo provee un mecanismo para medir el grado de peligro planteado por regímenes hostiles, en particular el peligro de una política de armamentismo.

El idealismo no sólo es más efectivo que el realismo para detectar oportunamente peligros y posibles amenazas militares, sino que también se cuida de no exagerar. Por ejemplo, el idealista no estaría de acuerdo con la idea de Kissinger de que Estados Unidos es tan vulnerable como cualquier otra nación. La única amenaza verosímil para la supervivencia de Estados Unidos en este momento proviene de las armas nucleares soviéticas; asumiendo que el Kremlin no sea suicida, Estados Unidos tiene más que suficiente poder de represalia para disuadirlo de un tal ataque. Las amenazas militares convencionales e intereses norteamericanos no amenazan la supervivencia de Estados Unidos. Y lo más importante, tal vez, el hecho de que Estados Unidos no depende de ningún otro país para garantizar su seguridad.

De igual manera, el idealista pondría en duda la noción de que Estados Unidos es económicamente vulnerable. Aunque el idealista reconoce la dependencia de Estados Unidos en las importaciones, piensa que mientras las fuentes de los productos primarios sean diversas y operen las fuerzas del libre mercado, si un país o un grupo de países resuelven cortar el suministro de bienes de un momento a otro, dicha situación se puede manejar. Si se requiere mayor protección, se pueden acumular aquellos bienes imprescindibles.

No quiere decir esto que las sanciones económicas no tengan efectos sobre países relativamente pequeños, pues de hecho los tuvo en Rodesia y los puede estar teniendo ahora Sudáfrica. Pero estos son casos especiales y no ejemplos universales. Cuando el entonces presidente Jimmy Carter suspendió el envío de trigo a la Unión Soviética como represalia por la invasión a Afganistán, Moscú encontró suministros alternativos fácilmente. También se puede citar el caso de los productores de estaño: formaron un cartel para imitar el éxito obtenido por la Organización de Países Exportadores de Petróleo en los años setenta, pero su esfuerzo no prosperó.

A diferencia del realista, el idealista no cree que las importaciones de bienes primarios vitales planteen un riesgo de seguridad para Estados Unidos mientras existan políticas económicas adecuadas. Los idealistas perciben la seguridad económica norteamericana en una economía vigorosa que produce bienes y servicios que otros pueblos desean, en vez de una economía de sustitución de importaciones dirigida por el gobierno ni mucho menos en la intervención militar.

Esta diferencia en la evaluación de la vulnerabilidad económica norteamericana también se extiende a la política con respecto a la Unión Soviética.

tica; bajo la doctrina de contención, existe la presunción de que el expansionismo soviético necesariamente aumentará el poder de la URSS. Esta presunción es reflejo del error de evaluación del geopolítico sobre lo que son las fuentes de la riqueza económica. Como observó el historiador económico británico Eric Hobsbawm en *Industry and Empire* (Industria e imperio) (1969), la expansión del imperio que se llevó a cabo a fines del siglo XIX fue para Gran Bretaña “un paso atrás. Cambió el imperio informal sobre la mayor parte del mundo subdesarrollado por el imperio formal sobre una cuarta parte del mismo, además de las economías satélites más antiguas”.

Para el idealista, el libre comercio, y no el imperio, es lo que sustenta el crecimiento económico. El comercio propio debe estar protegido de los ataques, pero eso no es lo mismo que el desarrollo de una zona exclusiva de comercio que no dependa de la buena voluntad de otros. Los idealistas creen que la riqueza de una nación no depende directamente de la extensión o las características del territorio directamente bajo su dominio, sino, como dijo Adam Smith, “primero, de las habilidades, destrezas y buen juicio que tenga su mano de obra; y, segundo de la proporción entre el número de aquellos que están empleados en trabajo útil y los desempleados”. Puesto que la prosperidad “parece depender más de la primera que de la segunda circunstancia”, es importante que la mano de obra del país más avanzado mejore constantemente sus habilidades para poder producir continuamente bienes y servicios con alto valor agregado. Si esto no ocurre, inevitablemente quedará rezagado.

Una prosperidad económica continuada requiere de un sistema económico flexible. El problema con los imperios, como señala Carlo Cipolla en su libro *The Economic Decline of Empires* (La decadencia económica de los imperios) (1970), consiste en que “todos los imperios tienden eventualmente a desarrollar una resistencia al cambio necesario para el crecimiento requerido de la producción... Un imperio inevitablemente se caracteriza por su gran número de instituciones escleróticas. Obstaculizan el cambio requerido para su propia existencia”. Hobsbawm, evaluando la situación británica en tiempos de Mahan y Mackinder, está de acuerdo con esta apreciación. “Gran Bretaña pudo salir de la Gran Depresión (1873-96)... no mediante la modernización de su economía, sino mediante la explotación de las posibilidades restantes de su situación tradicional”, afirmó. “Cuando finalmente los últimos grandes receptores de los productos de algodón desarrollaron sus propias industrias textiles —India, Japón y China— le llegó la hora a Lancashire. Pues ni siquiera el dominio político pudo mantener por siempre a la India sin industrias”.

El análisis de Hobsbawm señala hacia la segunda razón fundamental por la cual la interpretación geopolítica de la riqueza de las naciones falla: el control político sobre personas que resienten este dominio forma una base muy inestable para el crecimiento económico. No basta con afirmar que “quien gobierne el *Heartland* domina la Isla del Mundo”. El idealista, haciendo caso de la advertencia de Maquiavelo de que “los príncipes... deben primero tratar de no ser odiados por las masas”, se preguntará de inmediato si tal gobierno lo es por consentimiento popular o a pesar de él. En caso

de ser lo último, será a la larga fuente de debilidad económica en vez de poderío. Un pueblo subyugado no sólo será económicamente menos activo, sino que el esfuerzo realizado para mantenerlo subyugado consumirá cada vez mayores recursos del gobierno.

La revolución en los años noventa

DESDE ESTE PUNTO DE VISTA, EL IDEALISMO ofrece un reto fundamental al realismo y a la geopolítica. Ya no es posible descartar a los idealistas como soñadores utópicos que no entienden la dura realidad del poder. Por el contrario, los idealistas pueden decir que son los realistas y los geopolíticos quienes han simplificado el concepto del poder y quienes no han entendido las lecciones de la historia. El debate entre ellos es de suma importancia para formular políticas que respondan a los cambios revolucionarios que enfrenta el mundo en la actualidad.

Entre los gigantescos cambios que hoy están ocurriendo, el más dramático es la transformación del bloque soviético. Cabe anotar que los soviéticos siempre han aceptado algunos principios del idealismo. En contraste con los realistas, los soviéticos siempre han hecho énfasis en la importancia de la ideología y han insistido en que no se puede entender la política exterior de un país sin conocer sus valores internos y sus instituciones. También, como los idealistas, los soviéticos decían ver el último grado de paz mundial en la estructura doméstica de los Estados. Sin embargo, conceptuaban la estructura doméstica en los principios comunistas de Karl Marx y de V.I. Lenin, en vez de en las instituciones democráticas de Thomas Jefferson y James Madison.

Lo revolucionario acerca de los cambios que acontecen en la Unión Soviética es que se basan en el reconocimiento de que la garantía de una paz mundial no está en la difusión del socialismo, sino en el control parlamentario sobre el poder de declarar una guerra. Según un artículo publicado en enero de 1988 en *Kommunist*, la revista teórica del partido comunista soviético, “no existen fuerzas políticamente influyentes en Europa occidental o en los Estados Unidos” que contemplen “una agresión militar contra el socialismo”. Y aun si estas fuerzas existieran, las instituciones democráticas de Estados Unidos imposibilitarían una agresión a gran escala. El artículo recalca que la “democracia burguesa es una barrera definitiva contra el comienzo de una tal guerra... La historia de la intervención norteamericana en Indochina claramente lo demuestra... El Pentágono ya no puede dejar de reconocer la existencia de límites impuestos a sus acciones por las instituciones democráticas”. Al plantear el interrogante de la guerra y la paz en estos términos, los autores formularon —asi sea indirectamente— una pregunta de extrema profundidad: si las instituciones democráticas como las que existen en Occidente son las que previenen una guerra, ¿dónde está la amenaza contra la paz? De lógica, debe surgir en aquellos países que carecen de tales instituciones democráticas —en países como la Unión Soviética. Por asombroso que resulte, esta es una de las ideas sobre las cuales se sustenta la *perestroika*.

“Se prohíbe categóricamente y de una vez por todas el uso de fuerzas armadas por fuera del país sin la autorización del Soviet Supremo o del congreso”, afirmó Gorbachov al asumir sus nuevas funciones como presidente en marzo de 1990. Esta declaración refleja la naturaleza fundamental de los cambios que se están produciendo en la Unión Soviética, los cuales tienen muy poco que ver con el marxismo-leninismo. De hecho, como lo ha reconocido francamente Vladimir Kudryavtsev, ex jefe del Instituto Soviético del Estado y las Leyes, “los marxistas criticaban la teoría de la ‘separación de poderes’ que trazó una línea distintiva entre el poder legislativo y el ejecutivo”. Ahora los soviéticos están reconociendo su error y están abrazando la

tal, “un factor clave en el nuevo modo de pensar es el concepto de la libertad de escoger... Oponerse a la libertad de escoger es estar del lado contrario de la corriente objetiva de la historia. Es por ello que las políticas del poder, en todas sus formas y manifestaciones, resultan históricamente obsoletas”.

En el fondo de este cambio en la visión soviética del mundo yace una reevaluación de su sistema de valores internos. “La imagen de un Estado”, ha dicho Shevardnadze, “es su actitud con respecto a sus propios ciudadanos, el respeto por sus derechos y libertades y el reconocimiento de la soberanía del individuo”. Al hacer énfasis en la soberanía del individuo, She-

cionan. Las políticas serán modificadas por los valores de una sociedad, los cuales, a su vez, están presentes en sus instituciones internas. Por ello, el idealista niega la idea de que no existe conexión alguna entre la *perestroika* y la política exterior soviética. Mientras el realista está en la eterna búsqueda de un equilibrio estabilizador —creyendo, en palabras del ex presidente Richard Nixon, que “los únicos momentos de la historia en que hemos tenido largos períodos de paz han sido aquellos en los que ha existido un equilibrio del poder”—, el idealista busca la difusión de la libertad, la cual, en últimas, eliminaría la necesidad del equilibrio del poder.

La diferencia entre los dos enfoques se manifiesta en la forma en que sus partidarios evalúan los sucesos de Europa oriental. Según el presidente George Bush, “el enemigo es la inestabilidad”. Pero, aunque la inestabilidad puede ser peligrosa si es el prelude del caos, la inestabilidad de por sí no puede ser el máximo valor norteamericano. “Quienes ganaron nuestra independencia por medio de la revolución... no le tenían miedo al cambio político”, escribió el juez Louis Brandeis en 1927. “No exaltaban el orden a costa de la libertad”. Afirmando este punto de vista ideal, el presidente Vaclav Havel de Checoslovaquia afirmó ante el pueblo norteamericano en febrero de 1990 que “la mejor garantía contra cualquier peligro o agresión es la democracia” y, consecuentemente, le dijo al Congreso que Estados Unidos debería “ayudar a la Unión Soviética en este camino irreversible pero tremendamente complicado hacia la democracia”.

Salvaguardar y difundir la democracia en Europa oriental significa, primero que todo, fomentar la desmilitarización de la Unión Soviética y acelerar el retiro de sus fuerzas armadas de territorio extranjero. Los argumentos de que la posición de Gorbachov es demasiado incierta para servir de base para tomar decisiones en materia de seguridad no son convincentes, puesto que los acuerdos de control de armas son una de las mejores maneras de apoyar la posición de Gorbachov contra sus contrincantes de la línea dura. Entre más se desarme la URSS y mayor número de tropas abandone Europa oriental, será más difícil para cualquier régimen que pueda deponer a Gorbachov volver a constituirse en un peligro militar significativo. Más aún, en tal situación, la violación de los acuerdos servirá de señal de alerta de un cambio en las intenciones soviéticas, añadiendo así mayor protección a la seguridad norteamericana.

Por lo tanto, las negociaciones actuales deben enfocarse hacia las maneras de acelerar la salida de las tropas soviéticas de Europa oriental, mientras otras dos medidas servirán para desmilitarizar la sociedad soviética. La primera sería un pacto Este-Oeste para acabar con el reclutamiento forzoso. El reclutamiento forzado es la base del militarismo soviético. Su eliminación no sólo beneficiaría enormemente la seguridad occidental, sino que representaría, además, un triunfo diplomático para Gorbachov, ya que el reclutamiento es una medida muy impopular en la URSS.

El segundo paso debe ser la ayuda destinada a promover la conversión económica. A este respecto, Estados Unidos debería fomentar la inversión de capital por parte de empresas privadas, lo cual tiene varias ventajas sobre los préstamos. Ante todo, no implicaría erogación de fondos guber-

naméntales, y así no se aumentaría el déficit del presupuesto. En segundo lugar, no sería necesario pagar intereses puesto que no existiría deuda, y así los pobres de la URSS no acabarían pagando la pérdida si las inversiones no resultan. Tercero, esto promovería el cambio en la URSS hacia una economía de libre mercado. Cuarto, proporcionaría asistencia de tipo gerencial, porque las empresas inversionistas querrán asegurar ganancias. Finalmente, esto significaría nuevas inversiones porque los dueños tendrían interés continuo en el éxito de sus proyectos.

¿Permitirán los soviéticos inversiones en áreas que puedan ser todavía sensibles? Investigaciones recientes sugieren que sí. Por ejemplo, la planta de misiles de Votkinsk, que producía misiles SS-20, está planeando una inversión conjunta con una empresa norteamericana para producir cohetes civiles.

Tal vez la información más interesante a este respecto es un artículo del economista soviético Andrei Kuteinikov publicado en el *Wall Street Journal* en agosto de 1989. Dice el economista que “a medida que las personas con más talento abandonan el sector público, las cooperativas soviéticas pueden ofrecerle a sus socios de Occidente una mano de obra altamente calificada, educada y barata... Esto podría abrir unas oportunidades increíbles para muchas empresas industriales e inversionistas de Occidente, cuando los más motivados y dinámicos científicos abandonen los laboratorios y las fábricas del Estado para emprender sus propios proyectos”. Al suministrar capital a trabajadores bien preparados que presumiblemente abandonarían la industria de defensa de la URSS, las empresas occidentales facilitarían el proceso de conversión económica, aumentando así la seguridad de Occidente, mientras proveen simultáneamente una ayuda financiera a la economía soviética que lucha por sobrevivir.

Hace dos siglos, la Ilustración produjo una de las grandes épocas de la civilización humana. Su espíritu, el espíritu de tolerancia, lo expresó Voltaire: “Quien persigue a otro hombre, su hermano, por no estar de acuerdo con él, es un monstruo... Debemos tolerarnos mutuamente porque todos somos débiles, inconsistentes, presas del cambio y del error”. Este espíritu sirvió de inspiración al estilo de gobierno de Estados Unidos. En palabras de George Washington, “los ciudadanos de los Estados Unidos de América tienen el derecho de aplaudirse por haber dado a la humanidad ejemplos de una política grande y liberal: una política digna de imitarse. Todos poseen igual libertad de conciencia y derechos de ciudadanía”.

Hoy, los norteamericanos están presenciando la reafirmación de estos principios de la “Ilustración” y el poder del ejemplo norteamericano. Durante mucho tiempo los norteamericanos han sacrificado sus principios en aras de la geopolítica. Al hacerlo, dieron pie para establecer la percepción de una equivalencia moral entre Estados Unidos y la Unión Soviética, lo cual perjudicó los intereses norteamericanos. De hecho, traicionaron su herencia especial. “No nos dejemos enredar por esos sofismas complicados con los que estamos tan diligentemente enfrentados y enfrascados”, instó Lincoln al pueblo norteamericano en 1860, en vísperas de su gran prueba. “Confíemos en que lo justo vencerá, y que con esa fe podamos, hasta el fin, atrevernos a cumplir con nuestro deber según lo entendemos”.

Por lo tanto, el fin último de la política exterior de Estados Unidos no debe ser el establecimiento de un equilibrio sino la difusión de la libertad. La mejor manera de lograr tal fin es dando ejemplo al mundo en cuanto a las ventajas de la democracia. Desafortunadamente, la obsesión de Estados Unidos con su rol mundial lo ha llevado a dejar de lado sus problemas internos. Las instituciones democráticas norteamericanas son fuertes pero confrontan crecientes problemas sociales. Ahora que las presiones de la Guerra Fría van cediendo, es hora de que Estados Unidos preste mayor atención a sus asuntos internos con el fin de fortalecer su democracia.

A nivel mundial, la ayuda estadounidense deberá regirse por dos principios: si quienes piden ayuda comparten los valores norteamericanos y hasta qué punto están dispuestos a ayudarse a sí mismos. La ayuda económica norteamericana deberá fomentar el desarrollo de instituciones capitalistas como único medio de promover el progreso económico. El uso de la fuerza militar debe estar sujeto al debate de toda la nación, los éxitos del uso de la fuerza en Granada y en Panamá obscurecen los fracasos de Vietnam y Líbano. El temor generado por la Guerra Fría le concedió al presidente virtualmente poder sin límites en el recurso a la fuerza militar, lo cual puede tener graves consecuencias para el gobierno democrático. "Nuestra Convención (constitucional)", dijo una vez Lincoln, "resolvió enmarcar de tal modo nuestra Constitución que ningún hombre pudiera tener el poder de tal opresión (de la guerra) sobre nosotros". Aunque el mundo ha cambiado dramáticamente desde los días de Lincoln, la Constitución, en ese respecto, no ha cambiado.

De hecho, hace mucho que se precisa de un gran debate norteamericano sobre las funciones del Presidente, el Congreso, y el pueblo en la política exterior. Especialmente en los últimos años, los presidentes han intentado asumir una función preponderante en la formulación de la política exterior por virtud de ser comandantes en jefe, pese a que en el *Federalist* No. 69 Alexander Hamilton definió los poderes presidenciales a este respecto como inferiores al poder del monarca británico. En particular, el sigilo excesivo acaba por derribar los cimientos del gobierno democrático; el pueblo tiene derecho a saber lo que el gobierno hace a nombre suyo. El argumento según el cual los asuntos de política exterior son demasiado sensibles para discutirse en público no es compatible con la manera de ser de los norteamericanos. En palabras de Jefferson: "Únicamente el error necesita apoyo del gobierno. La verdad se sostiene sola".

La perspectiva realista ya ha caminado largo trecho sin que la cuestionen. El idealismo no es utópico e ingenuo sino un enfoque riguroso en el análisis de la conducción de política exterior. Además, el idealismo es la gran tradición norteamericana. Como dijo Washington en su discurso de despedida:

Actien de buena fe y con justicia con todas las naciones: Cultíven la paz y la armonía con todos. La religión y la moral apoyan esta conducta. Y ¿podría una buena política no apoyarla también? Será digno de una nación libre, llamada y, dentro de poco, grande darle a la humanidad el ejemplo magnánimo y nuevo de un pueblo siempre guiado por una justicia y una bondad exaltadas. ¿Quién podrá dudar que en el transcurso del tiempo

y de las cosas, los frutos de tal plan compensarán con creces las pequeñas ventajas pasajeras que puedan perderse por el apcgo inalterable a este principio?

Los norteamericanos no deben temer que la difusión del sistema democrático creado por los fundadores de su república pueda poner en peligro su seguridad. Deben más bien seguir los consejos de Washington y rechazar las políticas de negociaciones realistas que contienen aquellas "ventajas pasajeras" a las cuales hizo referencia. Los intereses a largo plazo de Estados Unidos se cumplen cuando es fiel a sus ideales, y así podrá dar ejemplo al resto del mundo. "Seremos como una Ciudad sobre una Colina, con los ojos de la humanidad mirándonos", proclamó John Winthrop en 1630. Más de trescientos cincuenta años después nuestro mundo revolucionario demuestra que es en el poder de los ideales norteamericanos, y no en la fuerza de sus ejércitos, donde está la fuente verdadera de la influencia norteamericana en el mundo.